

22/1

LECCION No. 22.- LA PROMESA ATRAVES DE LOS SIGLOS

El Hijo y el Espíritu del Padre van realizando la obra salvífica

ANTECEDENTES: Después de su Resurrección Cristo se ocupó durante cuarenta días en fortalecer a sus discípulos, otorgarles poderes y autoridad a sus Apóstoles, prevenirlos de sus enemigos, demostrarles su poder, asegurarles su asistencia y, muy importante, prepararlos a la recepción del Espíritu Santo: "Estaban hablando de estas cosas, cuando El se presentó en medio de ellos y les dijo: 'La paz con vosotros.' Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero El les dijo: '¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy Yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como véis que Yo tengo.' Y, diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: '¿Tenéis aquí algo de comer?' Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. Lo tomó y comió delante de ellos. Después les dijo: 'Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: 'Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Mirad, Yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto.' Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, después de postrarse ante El, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios." (Lc. 24,36-53).

ACTITUD DE VIDA DEL CRISTIANO: El mandato del Señor Jesús a sus Apóstoles en el sentido de permanecer en espera del Espíritu Santo, más la promesa de que El mismo habrá de volver un día lleno de poder y majestad, como vimos en la lección anterior, vino a formar en sus discípulos conciencia de que la vida en este mundo es para el cristiano una estancia pasajera, como de quien está de paso al igual que un caminante que no quiere detener su andar por ningún motivo hasta llegar a la patria lejana: "Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía (a Cristo). Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús... Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo..."

(Fil. 3,13-15 y 20-21). Fue tal el impacto que produjo en los primeros cristianos la idea del inminente retorno del Señor, que se dedicaron del todo a la oración y descuidaron las cosas temporales, hasta que los mismos Apóstoles les sacaron de su error: "Ya sabéis vosotros cómo debéis imitarnos, pues estando entre vosotros no vivimos desordenadamente, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que día y noche con fatiga y cansancio trabajamos para no ser una carga a ninguno. No porque no tengamos derecho, sino por daros en nosotros un modelo que imitar. Además, cuando estábamos entre vosotros os mandábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma." (Tes. 3,7-10).

LA IGLESIA SE PREPARA A RECIBIR AL ESPIRITU SANTO: La naciente Iglesia se integraba en aquel momento con menos de cien personas, siendo la Virgen María el centro del grupo que se dedicaba con ahínco a prepararse individual y comunitariamente a la recepción de aquella misteriosa 'Promesa del Padre', anunciada por el Señor Jesús: "Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos." (Hech. 1,14). Aquí la expresión tan profunda de significado 'con un mismo espíritu' da a entender cuánto habían avanzado en la integración comunitaria impregnada de espiritualidad.

LOS HERMANOS DE JESUS: Vamos a hacer aquí una disgregación con objeto de dejar aclarada una duda que para algunos cristianos no católicos representa un difícil tropiezo en su fe: la expresión 'hermanos de Jesús' que aparece en el pasaje antes citado, y en aquél otro que vimos en la lección anterior: 'cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con El' (Mt. 12,46 y Lc. 8,20), es para ellos causa de confusión con respecto a la permanente virginidad de María, sobre si tuvo más hijos. El remedio es fácil si observamos que en (Gen. 11,27) se nos dice: "Estos eran los descendientes de Téraj: Téraj engendró a Abram, a Najor y a Harán. Harán engendró a Lot." Luego prosigue la historia: "Tomó Abram a Saray, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano. ." (Gen. 12,5). Y más adelante: "Dijo, pues, Abram a Lot: 'Ea, no haya disputas entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos.'" (Gen. 13,8). Prosigue: "Apresaron también a Lot, el sobrino de Abram... Al oír Abram que su hermano había sido hecho cautivo..." (Gen. 14, 12 y 14). Es, pues, evidente que en el idioma hebreo la palabra 'hermano' es aplicada a los parientes en general, y es usada como sinónimo de 'consanguíneo' o 'pariente' en el modo corriente de hablar. He ahí por qué el evangelista nunca dice: 'los otros hijos de María' o cosa semejante cuando se refiere a 'los hermanos de Jesús'. En cambio es sugerente de la ausencia de otros hijos el hecho de que Jesús encargara su Madre al 'discípulo a quien amaba', San Juan, (Mt. 19,27), pues revela la inmensa soledad en que la dejaba.

LA AUTORIDAD DE PEDRO: Aquella Iglesia incipiente ya era la Iglesia fundada por Jesucristo con toda la formalidad de una institución. Como tal, pues, la autoridad de Pedro se manifestaba en su re-

conocimiento por parte de los demás Apóstoles y discípulos: "Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos -el número de los reunidos era de unos ciento veinte- y les dijo: "Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo..." (Hech. 1.15-16). Esta jefatura del grupo habrá de repetirse con frecuencia en el libro de los Hechos de los Apóstoles para mostrarnos a un Pedro transformado en la cabeza visible de la Iglesia; autoridad incluso reconocida por San Pablo, el Apóstol de los Gentiles, que al convertirse, antes de empezar su apostolado se llega al Príncipe de los Apóstoles: "Luego, de allí a tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas y permanecí quince días en su compañía." (Gal. 1,18). Sabemos que Cefas es el mismo Pedro.

LA INFUSION DEL ESPIRITU SANTO: En este ambiente de comunidad eclesial, incipiente pero integral, unidos sus miembros con un profundo sentido de espiritualidad y amor, la Iglesia recibió el bautismo prometido del Espíritu Santo: "Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les esparcieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse." (Hech. 2,1-4).

EFFECTOS DEL DIVINO ESPIRITU: La recepción del Paráclito por los primeros miembros de la Iglesia, y por la Iglesia en sí misma a la vez, produjeron efectos de asombro que maravillaron por igual a quienes lo recibieron y a los judíos que estaban en los alrededores del lugar. Aunque algunos de ellos, como el don de lenguas, el de profetismo y el de hacer milagros, son espectaculares, otros no perceptibles al exterior del que los recibe no son menos importantes. Todos sin embargo son otorgados para bien individual y colectivo y de este modo el Espíritu Santo va construyendo en el hombre y en la Iglesia el Reino de Dios conforme a la Promesa: "Yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un Espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y Yo sea su Dios." (Ez. 11,19-20).

EL ESPIRITU ENGENDRA A LA VIDA DE LA GRACIA: Más que un simple 'maestro interior', el Espíritu Santo es el principio de una vida propiamente divina, en cuanto que El nos comunica la suya que es la de Dios: "En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibísteis un espíritu de esclavos para caer en el temor; antes bien, recibísteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: '¡Abbá, Padre!'" (Rom. 8.14-15).

POR EL ESPIRITU FAMILIARES DE DIOS: Esta filiación que realiza en nosotros el Espíritu Santo obra el prodigio de insertarnos en la familia divina: si hemos llegado a ser hijos adoptivos del Padre, somos por consecuencia hermanos de Cristo; y por ello con todos los derechos y prerrogativas de Cristo: "El Espíritu mismo se une a

nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con El, para ser también con El glorificados." (Rom. 8,16-17). Dos enseñanzas se nos dan aquí: que el mismo Espíritu Santo se constituye en garantía para que creamos que somos hijos de Dios; y otra importantísima: coherederos con Cristo, hemos de seguir exactamente los mismos pasos que dio Jesús para obtener la herencia: el camino del sufrimiento, único por el que se puede llegar a la gloria.

REALIZACION EN EL ESPIRITU: Pero no sólo es el Paráclito para nosotros garantía de filiación, sino que además es el realizador de esa filiación por convertirse, ya dentro de nosotros, en nuestro inspirador y nuestro guía: "El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarlo. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo." (1 Cor. 2,14). Es decir, que así como Cristo se dejó guiar por el Espíritu para ser tentado, según vimos en la lección 14, nosotros, imitándole, debemos dejarnos conducir por el Espíritu, único camino para entender las cosas de Dios y aficionarnos a ellas.

DONES DEL ESPIRITU SANTO: El Divino Espíritu, luz de nuestra inteligencia y fuego de nuestro corazón, obra en nosotros por medio de sus dones, gratuitos, para beneficio personal nuestro y para servicio a la comunidad eclesial por medio de nosotros. Tales dones son siete: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, temor de Dios y piedad. Nos enriquece además con sus carismas "primero como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego el don de curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas" (1 Cor. 12,38).

CONDICION: QUE EL ESPIRITU INHABITE: Todo lo dicho sucede en nosotros a condición de que el Espíritu Santo tome posesión de nosotros como habitación suya, lo que significa de nuestra parte rechazo y expulsión de todo lo que no es santo: "¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado, y vosotros sois ese santuario." (1 Cor. 3,16-17).

PRECAUCIONES: El Apóstol San Juan nos advierte de los peligros que puede acarreararnos la falta de precaución en el discernimiento de los espíritus: no todo espíritu es de Dios, ni toda inspiración nos llega por motivación del Paráclito. Satanás gusta de disfraces que le faciliten la tarea del engaño: "Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese es el Anticristo." (1 Jn. 4,1-3)

EL MUNDO CONTRA EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA: Desde lue-



“Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas...” (Hech. 2, 3-4). Era la ‘glosolalia’ o don de lenguas que anunció Joel profeta (3.1): “Sucederá después de esto que Yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán...”

go comprendemos que en la acción del Espíritu Santo no cabe contradicción, pues El es Dios y Dios es verdad eterna. Por tanto, la asistencia prometida por Cristo a la Iglesia hasta el fin del mundo, ante todo radica en la Autoridad constituida: el Papa, y los Obispos que se hallan en sintonía con él (griego: sin = con; tonos = acento; sintonía significa identificación en la doctrina y el magisterio). De este modo, cualquier discrepancia en esto anuncia error originado en inspiraciones de un espíritu que no es de Dios: "Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error." (1 Jn. 4,5-6).

LA DÓCILIDAD AL ESPÍRITU: San Pablo nos habla de lo que el Divino Huésped puede obrar dentro de nosotros con frutos excelentes, a condición de que seamos dóciles a su dirección y de que nos mantengamos atentos a su inspiración: "...En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí... Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu." (Gal. 5,22-23 y 25). "No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención." (Ef. 4,30).

ESPIRITU DE AMOR: Recordando que el Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo, Persona como el Padre y el Hijo, Término de amor entre el Padre y el Hijo, podemos entender cuan gran abogado nos ha sido otorgado por el Padre: siendo a la vez Persona y Amor, podemos contar con el más excelente intercesor que como nadie puede amarnos y amar al Padre y al Hijo con infinito amor, para convertirse en nuestro único Consuelo en el último Día, cuando el Hijo se torne en nuestro Justo Juez y aparezca, como lo prometió, revestido de todo el poder y toda la gloria de que se despojó para hacerse en su primera venida el 'Humilde Siervo Sufriente de Yahveh'. En aquel Día supremo, cuando el Hijo juzgue al mundo, será el Espíritu Santo más que nunca nuestro abogado: "Sucederá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y Yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu." (Hech. 2,17-18).

LA PARUSIA DE JESUCRISTO: Entonces aparecerá Cristo glorioso y conforme a lo que El mismo predijo, tomará a todos los hombres cuenta de cómo aprovecharon las gracias que ganó para cada uno y para toda la humanidad por medio de su sangre. Tendrá lugar entonces la 'Parusia' o segunda venida del Señor (griego: parousia = llegada, acto de presencia): "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de El todas las naciones, y El separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos... Entonces dirá el Rey a los de su derecha: 'Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me

dísteis de comer...' Y el Rey les dirá: 'En verdad os digo que cuanto hicísteis a uno de estos hermanos míos—más pequeños, a mí me lo hicísteis.' Entonces dirá también a los de su izquierda: 'Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me dísteis de comer...' Y El les responderá: 'En verdad os digo que cuanto dejásteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo.' E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna.'" (Mt. 25, 31-46).

EL CRISTO ESCATOLOGICO: La figura del Señor Jesús así triunfante es llamada 'Cristo Escatológico' por ser ésta su manifestación final de los últimos tiempos (griego: eskhatos = último; logos = tratado o ciencia), a la que hizo referencia poco antes de su muerte: "Mas por esos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas irán cayendo del cielo, y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas. Y entonces verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria; entonces enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo." (Mc. 13,24-27).

POR SU SANGRE FUIMOS RESCATADOS: La sangre de Cristo fue el precio de la Promesa; por ella el mundo ha sido liberado de la esclavitud del demonio; por ella los fieles al Señor serán junto con El glorificados; y por ella, desgraciadamente, sufrirán eternamente los condenados, por cuanto por sus obras hicieron en ellos mismos inútil la sangre redentora: "Y en la visión oí la voz de una multitud de una multitud de Angeles alrededor del trono, de los Vivientes y de los Ancianos. Su número era miriadas de miriadas y millares de millares, y decían con fuerte voz: 'Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.' Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: 'Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos.'" (Apoc. 5,11-13).

CRISTO SOL DE JUSTICIA: La segunda venida de Cristo será del todo diferente a la primera y a la humildad, bondad e indulgencia sucederán implacables la equidad, el rigor y la justa remuneración de los actos personales que motivará el gozo de unos y el espanto de otros: "Y el cielo fue retirado como un libro que se enrolla, y todos los montes y las islas fueron removidos de sus asientos; y los reyes de la tierra, los magnates, los tribunales, los ricos, los poderosos, y todos, esclavos o libres, se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Y dicen a los montes y a las peñas: 'Caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero. Porque ha llegado el Gran Día de su cólera, y ¿quién podrá sostenerse?'" (Ap. 6,14-17).

LOS ELECIDOS ANTE EL CORDERO: Del mismo modo, los que por sus obras merecieron bienaventuranza, recibirán la glorificación del mismo Cristo a quien fueron fieles: "Después miré y había una mu-

chedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y, el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: "La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero." (Ap. 7,9-10).

LA BIENAVENTURANZA SIN FIN: San Juan describe en figura la suerte eterna de los justos, que por otra parte es imposible de describir, ya que como dice San Pablo: "...lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman." (1 Cor. 2,9). Ese estado de perdurable felicidad, ante todo consistente en la posesión tranquila, segura y sin fin del Sumo Bien que es Dios: "Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: "Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y El, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado." (Ap. 21,1-4).

LA PROMESA EN SU PLENO Y ETERNO CUMPLIMIENTO: De este modo, tal como es Dios, simplísimo, todo volverá a su primer cauce: el hombre en Cristo ha dominado la Creación; el hombre en Cristo ha llegado a ser Dios; el hombre en el Amor ha llegado a participar de la pura esencia de Dios, desaparecido el odio; y la promesa aquella: "Ellos serán mi Pueblo y Yo seré su Dios" será a plenitud en ese último y eterno Nombre que Dios tomará: DIOS-CON-ELLOS.

RESUMIENDO:

Cristo demostró a sus discípulos ser un hombre resucitado, y no fantasma, con cuerpo real, aunque glorificado.

Jesús dejó fundada su única Iglesia, dotándola de cuatro notas o características: UNA, SANTA, CATOLICA y APOSTOLICA.

Sobre Pedro y sus sucesores, los Papas, radica toda autoridad.

Dos son nuestros abogados: Cristo y el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el alma santificadora y vivificadora de la Iglesia. Y sus frutos son de santidad y justicia para sus miembros.

El mundo, enemigo de Cristo, lo es también de su Iglesia.

Cristo en su segunda venida será Juez y Glorificador nuestro.

Nuestro último destino es poseer el Sumo Bien de Dios-con-nosotros.

REFLEXIONES PERSONALES:

- ¿Sabes invocar al Espíritu Santo y pedirle que inhabite en tí?
- ¿Respetas tu cuerpo y los de los demás como templos vivos de Dios?
- ¿Vives en espera de tu Señor, o lo olvidas atraído por el mundo?
- ¿Trabajas por hacer que sean muchos los que sean glorificados?

RESOLUCION: Señor Jesús, mi glorificador: concédeme vivir en una auténtica actitud de espera de tu segunda venida, por la imitación de las virtudes que manifestaste en tu primera venida, para que lejos de sentir temor a tu llegada, sienta por tí el mismo amor y confianza.